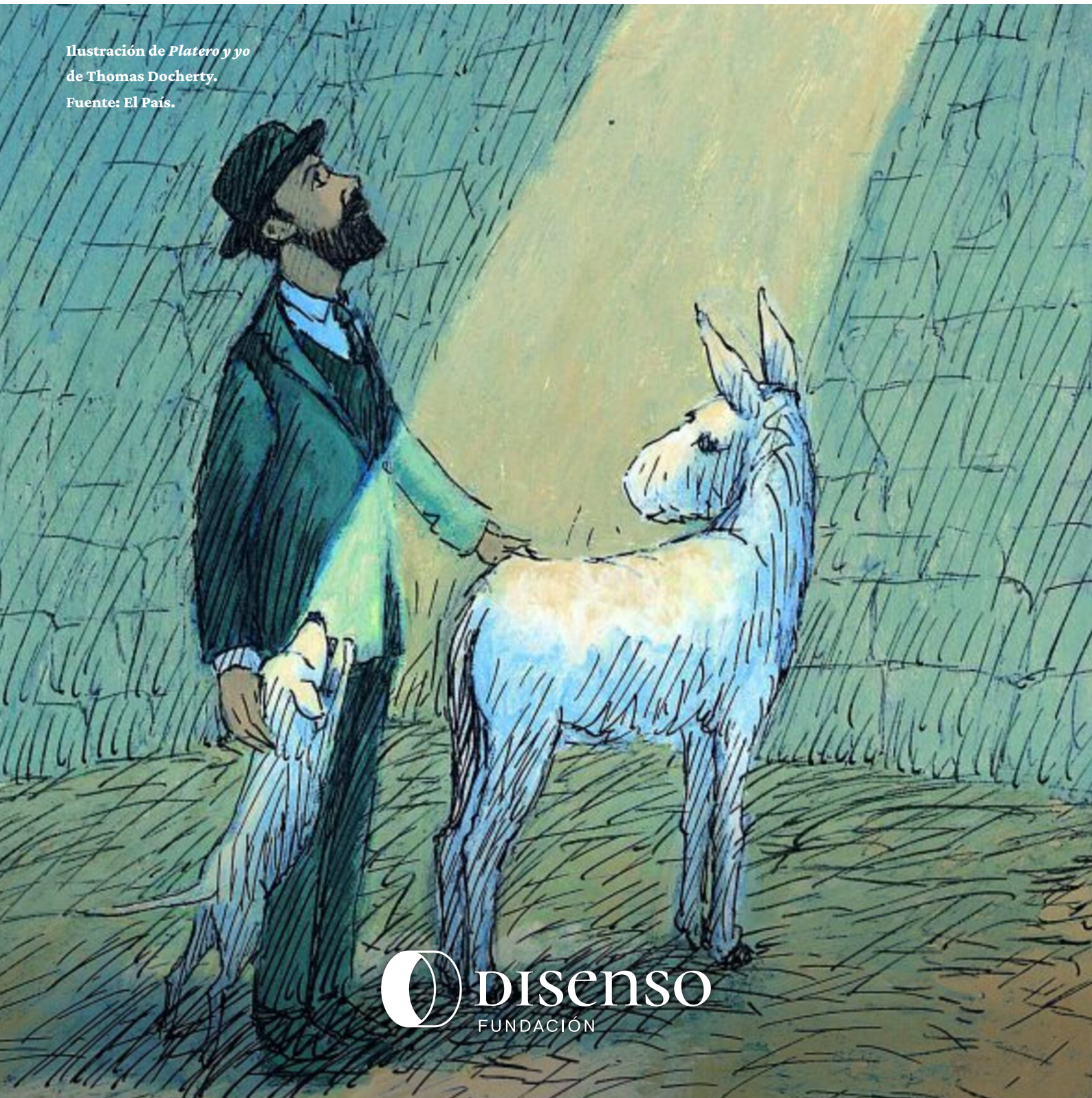


# PLATERO Y YO Y USTED

Ilustración de *Platero y yo*  
de Thomas Docherty.  
Fuente: El País.



La importancia de Juan Ramón Jiménez como poeta y como intelectual no puede exagerarse. Por la altura de su obra, por la profundidad de su influencia en nuestra literatura y por la anchura de sus intereses, sus dimensiones son sólo equiparables a las grandes figuras europeas de un T. S. Eliot, de un Rilke, de un Pessoa. La concesión del premio Nobel le hizo una justicia que, en España, siempre tan desagradecida para sus grandes hombres y tan sordomuda para sus grandes obras, le ha racaneado con demasiada frecuencia y por quienes tenían que haber mostrado más agradecimiento. De la situación, él hizo un resumen perfecto en el aforismo «Deuda», que precisaba: «Todos, algo; muchos, mucho; algunos, todo».

Quizá en los últimos años el lugar de privilegio de JRJ en la literatura española del siglo XX no se discute, pero, a cambio, *Platero y yo*, «elegía andaluza» de la que se conmemora el 110 aniversario de su publicación, se ha convertido en una obra controvertida desde todos los ángulos, menos uno. Para quienes todavía racanean la importancia de Juan Ramón, *Platero y yo* sería un éxito fácil, sensiblero, algo cursi, que epitomiza la sensibilidad exacerbada del poeta andaluz. Los más entusiastas del poeta, por el contrario, pueden lamentar que esta obra haya opacado el resto de la ingente creación *juanramoniana*. En la concesión del premio Nobel se destacaba especialmente la creación de *Platero*, por ejemplo. Por supuesto, tienen razón los que se quejan de cualquier cosa que opaque *Diario de poeta recién casado*, o los magníficos aforismos *juanramonianos*, o sus páginas de crítica literaria y social. Las conferencias recogidas en *Política poética* están a la altura de las *Notas para la definición de la cultura* de T. S. Eliot; pero pocos las leen.

Sin embargo, hay un ángulo que no permite engaño: releer *Platero y yo*. Le sucede a este libro como a otra joya de nuestra literatura española. Las *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer, tan verdaderas, tan irónicas, tan bien escritas, sufren la maldición de haber sido leídas con un gusto naturalmente adolescente por los bachilleres. Se les queda a los muchachos la impresión de esa lectura primera. Con *Platero* pasa una cosa parecida. Su transparencia y emoción juegan en su contra.

No es que el libro haya tenido mala fortuna, desde luego. Tras el *Quijote* es el libro más traducido y vendido en español. Pero se le podría entender muchísimo mejor tras una simple relectura adulta. Vamos a intentarlo.

Su belleza es indiscutible. Dámaso Alonso lo considera la mejor prosa poética del siglo XX, y lo es. En este campo, basta abrir el libro al azar y leer. Será con asombro. No hay duda.

Lo que no se ha entendido es que *Platero*, como Platero, aunque parece de algodón por fuera, por dentro, tiene acero. Juan Ramón lo avisa (no es traidor) en la primera página de su libro:

Platero es un burro pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto, y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas.... Lo llamo dulcemente: “¿Platero?”, y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña... pero fuerte y seco como de piedra. Cuando paso sobre él los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo:

—*Tié asero*

—*Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.*

La aleación de acero y plata de luna; o de algodón, azabache y piedra es el alma de este libro. Entonces deja de ser una curiosidad infantil y un éxito comercial en la obra de Juan Ramón Jiménez, y se echa sobre los lomos su programa de «política poética», que no era otro que defender con decisión la delicadeza frente a un mundo cada vez más ordinario y prosaico. En sus conferencias «Aristocracia inmanente» y «El trabajo gustoso» desarrolló el programa. Lo vivía constantemente: «Yo he hecho la prueba y he hablado poéticamente a unos y a otros y en 2 o 3 días he cogido siempre el fruto».

JRJ detectó que el mundo actual no tenía mayor necesidad que la de la belleza, pero que, para ofrecerla, él tenía que inmolarse. Asumió ese destino. También lo advirtió con una claridad cervantina en *Platero y yo*:

Vestido de luto, con mi barba nazarena y mi breve sombrero negro, debo cobrar un extraño aspecto cabalgando en la blandura gris de Platero.

Cuando, yendo a las viñas, cruzo las últimas calles, blancas de cal con sol, los chiquillos gitanos, aceitosos y peludos, fuera de los harapos verdes, rojos y amarillos las tensas barrigas tostadas, corren detrás de nosotros, chillando largamente: —¡El loco! ¡El loco! ¡El loco!... Delante está el campo, ya verde. Frente al cielo inmenso y puro, de un incendiado añil, mis ojos —¡tan lejos de mis oídos!— se abren noblemente, recibiendo en su calma esa placidez sin nombre, esa serenidad armoniosa y divina que vive en el sin fin, del horizonte... Y quedan, allá lejos, por las altas eras, unos agudos gritos, velados finamente, entrecortados, jadeantes, aburridos.

—¡El lo ... co! ¡El lo ... co!

Las resonancias quijotescas son ineludibles y no están lejos ni de nuestros ojos ni de nuestros oídos. En el Juan Ramón que protagoniza el libro se funden don Quijote, con sus altos ideales y su indiferencia a las habladurías de la gente, y el rucio de Sancho y su materialismo, aquí transido de belleza, como la síntesis de ambos. Tampoco quiere olvidarse Juan Ramón Jiménez de la sensibilidad verbal de un Shakespeare: «Cual una corona de rosas con espinas, el verso que Shakespeare hizo decir a Cleopatra, me ceñía, redondo, el pensamiento».

Juan Ramón había aprendido lecciones más directas, como la poesía de Francis Jammes. Le atisbo algún eco de Chesterton, que, en 1900, en *El fiero caballero*, había dedicado [una oda al burro](#). En el camino de vuelta, también sospecho que la influencia de *Platero y yo* se dejó sentir en *El Principito* del conde de Saint-Exupéry. Por la férrea apuesta ética tras un manto algodoneso de dulzura. Véase cómo habla Federico de Onís del libro de JRJ y compárese con lo mismo que podría decirse casi palabra por palabra de *El Principito*: «*Platero y yo*, aunque escrito en prosa, es un libro de la más pura poesía. Está escrito para los hombres y para los niños. Quizá no todos los hombres sean capaces de entenderlo, porque muchos de ellos al crecer llegan a cegar de los ojos del alma por donde entra la luz poética. Pero todos los niños tienen los ojos muy abiertos y ven muy bien lo que los hombres no pueden ver. Al menos para los muchachos de España *Platero y yo* no tiene oscuridades ni secretos».

Esas oscuridades y secretos que no tiene *Platero y yo* son más hondos que los de *El Principito*; y más realistas y cotidianos, como ha sido siempre la literatura española, desde *Cantar de Mio Cid* comparado con *La Chanson de Roland*. Pero el mensaje es esencial y JRJ no se cansó de proclamarlo: «Considero la delicadeza como una fuerza y si no que se lo pregunten a Mozart».

Se trataba y se trata de un tema urgente y necesario. Hemos disociado la belleza y la virilidad, la delicadeza y el rigor, el asombro y el esfuerzo; pero resulta que nuestras sociedades y, lo que es más perentorio, nuestras almas necesitan la aleación de ambas: acero y plata de luna. Toda la obra de JRJ clama por la fusión de ambos extremos, pero en *Platero y yo* se dan de una forma especialmente intensa. Es un libro imprescindible: Platero y usted. Y yo.